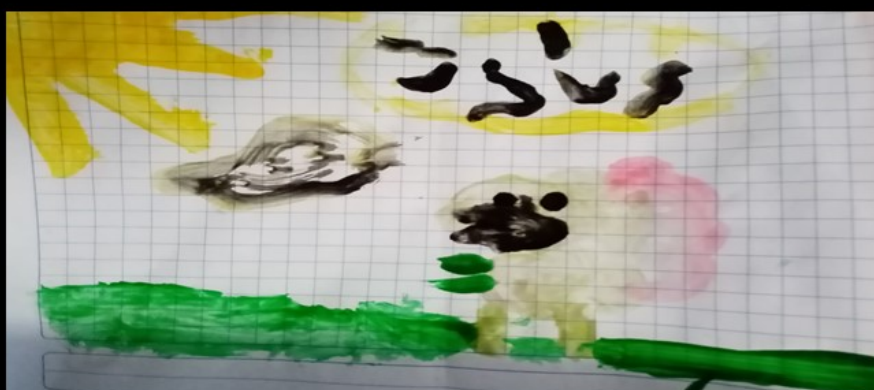


# El escritor de sueños

Isabel C



# Capítulo 1

## El primer paso

Esto sucedió hace varios años atrás, cuando el escritor de sueños era solo el escritor. Era de noche. El escritor dormía, dormía sin soñar. En ese entonces aún no existía un escritor de sueños, no existían los sueños. Al dormir, todos se sumergían en la total oscuridad, en la nada.

Un ruido inesperado lo despertó, pudo haber sido el ladrido de un perro, un libro al caer, un grito, un cristal rompiéndose, o cualquier otra cosa, el escritor no se detuvo a pensar en ello. Había despertado con una idea, si no la dejaba grabada en el papel, tarde o temprano, la olvidaría.

Tomó la pequeña libreta que siempre guardaba bajo su almohada y, con el bolígrafo que tenía en la mesita de noche, junta a la cama, escribió su idea, le dio forma, le dio vida. De alguna manera llenaría la nada con maravillosas historias, seres fantásticos e imágenes de mundos imaginarios. No iba a ser un trabajo fácil, pero si alguien podía hacerlo era él.

A la mañana siguiente, dispuesto a comenzar con su plan, preparó sus materiales y se sentó frente a ellos. Un paquete de lápices y otro de bolígrafos le esperaban junto a una montaña de hojas en blanco.

- Tic-tac, tic-tac, tic-tac – reloj de pared cantaba, sin perder ni un instante el ritmo.

- ¡Detente!, estoy pensando – le dijo el escritor.

- Tic-tac, tic-tac, tic-tac – continuó el reloj. Hasta ahora no se ha sabido de reloj, en ninguno de los 20 mundos, que le haga caso a ese tipo de peticiones. Es una tradición ancestral, no iba a ser él quien la rompa. Algunos minutos más pasaron.

- ¿Alguna idea? – le preguntó al lápiz que sostenía con la mano izquierda.

- Tic-tac, tic-tac, tic-tac

- Supongo que no – se contestó a sí mismo, luego de unos minutos. El escritor suspiró, no sabía qué hacer. En medio de la noche su idea tenía todo el sentido del mundo, ahora, rodeado de la luz del sol, ya no estaba tan seguro.

Una, dos, tres horas pasaron en las que él, ya sea sentado, de pie, o caminando de un lado a otro, intentaba descifrar cómo llevaría a cabo su plan. Entonces, lo recordó. El enorme ventilador que había comprado hace unas semanas atrás y aún no había usado.

- Ventilador, ¿dónde te puse? – murmuraba al tiempo que buscaba por todos lados.

¿Sobre la alacena?, ¿bajo la mesa?, ¿detrás de un sillón?, ¿bajo la alfombra?, ¿junto al refrigerador?, ¿en la habitación-antes-gimnasio-ahora-bodega?, ¿bajo la cama?

- ¡Aja! ¡Ahí estás!

Sacó la caja cerrada y, con unas tijeras, la abrió. Las instrucciones para armarlo eran algo confusas. Luego de tornillos perdidos y encontrados, de piezas que se negaban a encajar en su lugar y de cortar con un serrucho algunas partes con “errores” de fabricación, finalmente lo terminó. El ventilador fue colocado en su sitio.

El escritor miró, orgulloso, sus avances.

- Muy bien – dijo para sí – primer paso, listo.

## Capítulo 2

### El portal

Luego de pensar, pensar y pensar, se le ocurrió que los libros le podían ser de ayuda.

- Veamos, ¿cuál de ustedes tendrá la respuesta? – dijo el escritor que, de pie, frente a sus libreros, examinaba las opciones disponibles.

Desde un inicio descartó los libros de cuentos y fue directo a las guías, contaba con una gran variedad de ellas. Estaban, por ejemplo, la *guía de cocina instantánea*, la *guía de las montañas flotantes*, la *guía de viajes: top cien de atractivos turísticos del mundo de las arañas tejedoras*, la *guía de todas las cosas y seres*, la *guía para rastrear seres invisibles*, la *guía definitiva de portales mágicos*, o hasta la *guía de mapas: edición laberintos submarinos*.

Fueron dos las que le parecieron de utilidad: la *guía definitiva de portales mágicos* y la *guía de todas las cosas y seres*. Lo primero, decidió el escritor, era crear un portal para enviar a los sueños hasta las personas o seres que los necesitaran. Buscó entre las páginas de la *guía definitiva de portales mágicos*:

Página 34. Portales acuáticos.

Página 59. Portales temporales.

Página 78. Portales volcánicos.

Página 127. Portales azules.

Página 595. Portales geométricos.

Página 714. Portales diminutos.

Estaba por rendirse cuando leyó: Página 903. Portal de transportación abstracto

- ¡Perfecto! – exclamó.

Estudió con mucho cuidado las instrucciones antes de ponerlas en práctica:

- Paso 1. Elige la ubicación del portal. Deberá estar en una pared plana y, de preferencia, blanca. Es importante también que sea lo suficientemente alta y ancha para

contener la cantidad, el volumen y el tipo de abstracción que se desea transportar, de lo contrario el portal puede quedar obstruido. Considera la siguiente regla: 1 m<sup>2</sup> de pared es capaz de transportar una abstracción simple de 30 cm<sup>3</sup>. Mientras más compleja sea más espacio se necesitará.

- Paso 2. Dibuja alrededor del espacio elegido los símbolos que representen los lugares a los que se desea enviar las abstracciones (Ver glosario de símbolos, página 4322).
- Paso 3. Utiliza un cable de conducción de energía autogenerada para vincular el mapa guía al portal. Ten en cuenta que la distancia entre el portal y el mapa no deberá ser mayor a 5 m, que es el alcance máximo de la señal de los símbolos.
- Paso 4. Para activar el portal deberás colocarte frente a éste, a una distancia de 7 pasos, y pronunciar las palabras de poder (Ver glosario de palabras de poder, página 6304).

Como siempre ocurre en estos casos, las instrucciones sonaban más fáciles de lo que eran. Lo intentó una y otra vez, pero siempre un pequeñísimo error lo echaba todo a perder.

En el primer intento, se confundió al dibujar los símbolos, quién lo podría culpar, él era el escritor, no el dibujante. El caso es que, en vez de un portal de transportación abstracto, de alguna manera, terminó con un portal de viento. Un completo desastre y un total desbarajuste. La mesa volando, los libros volando, los platos volando, él mismo volando, ¡Todo volando!

Luego de dar unas cuantas vueltas en el tornado que se apoderó de la casa, alcanzó el cable de conducción de energía autogenerada y, de un solo jalón, lo rompió ¡Problema resuelto!... o casi, todavía le faltaba recoger el desorden.

Para el vigésimo séptimo intento ya había perfeccionado el arte de dibujar los símbolos. Sin embargo, no sabía por qué, el portal se cerraba luego de unos segundos de haberse activado. Los símbolos estaban bien, la distancia entre el portal y el mapa guía era correcta, pronunciaba las palabras de poder apropiadamente, el cable de conducción de energía autogeneraba funcionaba.

Lo descubrió después de haber repasado las instrucciones un par de veces. La pared no era lo suficientemente lisa.

- Nada que no se arregle con algunas lijas y un poco de pintura – pensó el escritor.

Necesitó de muchos intentos, pero al final lo logró. Un perfecto y brillante portal de transportación abstracto apareció en su pared. Le fue imposible

contener la emoción, el escritor saltó, aplaudió y bailó hasta el cansancio frente al portal.

## Capítulo 3

### Problemas y soluciones

El futuro escritor de sueños, sentado frente a la ventana, meditaba sobre sus avances, eran buenos, pero no suficientes. Había realizado varios experimentos, todos fallidos y, por más que buscó y buscó y buscó, la respuesta no estaba en los libros.

Sus intentos abarcaban desde usar un lápiz cualquiera, hasta emplear una pluma de pájaro como instrumento de escritura y lodo del jardín como tinta. Por supuesto, una gran cantidad de puntos medios llenaron esos extremos. Nada funcionaba. Los sueños permanecían en la hoja, renuentes de convertirse en abstracciones y atravesar el portal. Resignado, se acomodó el sombrero y salió a pasear.

- Tal vez me encuentre con alguna idea en el camino – pensó.

Caminó un rato sin rumbo fijo, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón y la vista dirigida al suelo.

- ¡Mami, mami, mami, miraaaa! – exclamó una pequeña niña cerca de él, tan emocionada que, para el escritor, fue inevitable voltear a verla.

En sus manos tenía una bolsita con polvo brillante y, en ese momento, lo esparcía a su alrededor, justo antes de tocar el suelo, el polvo brillante se convirtió en un elefante diminuto que, luego de dar algunas vueltas al alrededor de la niña, desapareció en una lluvia de brillantina.

- ¡Eso es! – dijo el escritor - ¡Cómo no se me ocurrió antes!

De regreso en su habitación, buscó en la *guía de todas las cosas y seres* hasta llegar al capítulo de las hadas:

Hadas del viento.

Hadas volcánicas.

Hadas mágicas de las ilusiones.

Hadas terrestres.

Hadas voladoras.

Hadas de la niebla.

Hadas gigantes del verano.

Hadas mágicas de la noche.

Pequeñas hadas de las rocas.

Hadas escurridizas de la cascada.

Las dos que más le convencían eran las hadas mágicas de las ilusiones y las hadas mágicas de la noche. Antes de elegir, analizó cuidadosamente las características de cada una:

Hadas mágicas de las ilusiones. Aunque están por todos lados, son seres difíciles de encontrar ya que la mayor parte del tiempo son invisibles. Les gusta revolotear sobre la cabeza de las personas y esparcir en ellas su polvo mágico, cuya principal propiedad es crear sueños e ilusiones.

Hadas mágicas de la noche. Se les puede ver justo al final del bosque de las flores chistosas. Suelen ser confundidas con luciérnagas, ya que les encanta brillar en la oscuridad. Una de las principales propiedades de su polvo mágico es copiar la esencia de lo que toca, motivo por el cual no suelen compartirlo con cualquiera.

Leyó una y otra vez ambas descripciones hasta llegar a una decisión ¡Las hadas mágicas de la noche serían!

Ahora solo necesitaba encontrarlas y, de alguna manera, convencerlas de darle un poco de su polvo mágico. El escritor no conocía el bosque de las flores chistosas, pero había escuchado hablar de él. Según lo que se decía las flores te contaban chistes y, si te reías, quedabas atrapado en un intercambio de chistes del que se necesitaba una enorme fuerza de voluntad para salir.

## Capítulo 4

### En el bosque de las flores chistosas

El escritor estaba justo en la entrada del bosque de las flores chistosas. A simple vista era hermoso. Flores de diferentes tipos, tamaños y colores se alzaban a ambos lados del camino. Pajaritos cantaban y volaban por todas partes, si no fuera por el letrero de advertencia, cualquiera pensaría que era un campo de flores normal.

-Peligro. Ríe bajo tu propio riesgo – leyó en voz baja, el escritor – Bueno, ahí voy.

Tomó valor y dio un paso dentro del bosque. Los primeros minutos no ocurrió nada y, justo cuando comenzaba a pensar que todas las historias eran falsas, las flores contaron su primer chiste:

- Una madre les dice a sus hijos, que están jugando en el parque: “¡Niños, no jueguen en la tierra!”, entonces los niños se fueron a jugar a Marte.

El chiste no era especialmente bueno, de todos modos, tuvo que taparse la boca con las manos para evitar contagiarse con el coro de risas que se extendió a su alrededor.

- ¡Yo me sé otro! – dijo una diminuta flor naranja - ¿Qué hace un perro con un taladro?... - luego de unos segundos de silencio, para incrementar la expectativa, y continuó - ¡Taladrando!

El escritor intentaba, con todas sus fuerzas, pensar en otra cosa.

- ¿Qué dicen de este? – preguntó el tulipán - ¿Qué le dijo el cero al ocho?... me gusta tu cinturón.

Las risas eran cada vez más estridentes, imposibles de ignorar.

- ¿Qué le dice una barra de pan a otro?... ¿Te presento a una miga?

Una pequeña risita se escapó de sus labios. Las flores permanecieron en silencio, esperando... Nada pasó, el escritor logró controlarse.

- ¿Qué le dijo un pollito a su enemigo?

-¿Qué?... ¿Qué cosa?... ¿Qué le dice? – preguntaron varias voces al

mismo tiempo.

- ¡Caldito seas!

- ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Esa fue la gota que derramó el vaso, sin poder contenerse más, el escritor soltó una, dos, tres carcajadas. Cuando se dio cuenta, ya estaba sentado, en medio del camino, intercambiando chistes malos con las flores y riendo sin parar.

Dos días permaneció ahí, durante los que fue alimentado con frutos y agua de manantial. Se hubiera quedado más tiempo, si no fuera por el hada mágica de la noche que voló por el lugar, recordándole el motivo de su viaje.

Luego de un último chiste, se despidió de las flores agradeciéndoles el buen rato que le hicieron pasar y partió quedando en términos amigables con ellas.

Las flores en realidad son muy amables, pero aman reír y hacer reír a los demás. A pesar de todas las historias que se contaban, sus intenciones no son malas. El escritor se dio cuenta de ello y les prometió que, en su camino de regreso, se detendría a reír de nuevo con ellas.